

De la misma manera que el libro del Norte contenía el Libro de la Alianza, el del Sur contenía lo que se llamó Decálogo, que es la ley de Moisés, tal como se resumía en Jerusalén. El resumen es corto, y debía serlo, pues el autor había sembrado anteriormente sus deberes esenciales. Élohim no abre la boca más que para mandar. Su primera frase es el más grande, el más santo, el más evidente de los mandamientos de Dios, o, si se quiere, de la Naturaleza: *Peru u Rebu: «Creced y multiplicaos.»*

Ambos, el Decálogo y el Libro de la Alianza, se escribieron separadamente, sin acuerdo mutuo. La semejanza entre ambos fragmentos procede del fondo común tradicional utilizado por ambos autores. Pero en el Decálogo se observan fórmulas más maduras, más analíticas.

La única condición de la alianza de Jehová con sus servidores es la moral. Las recompensas de Jehová son los dones de este mundo: se los da a quien le place, y quien le place es el hombre intachable. Para vivir mucho tiempo, para ser feliz, hay que evitar el mal.

En el Decálogo se finaliza el regreso de Israel al culto puro, al mono-teísmo entrevisto en los orígenes de la vida de los patriarcas, del cual se había desviado el pueblo al adoptar un dios nacional. Jehová y Élohim son uno solo. Jehová no es sólo el dios de Israel, sino el del cielo, de la tierra y del género humano: el auténtico Dios.

Seguramente el Decálogo se escribió en las habitaciones que rodeaban el templo de Jerusalén. Varias veces en su historia Israel ha llegado a amar lo que al principio odió y ha empleado para su labor lo que más contrario a ella parecía.

Aproximadamente el año 825 antes de J.C., Israel había hecho su obra maestra o su *Thora*, libro exento aún de todo ritualismo. No podemos afirmar que en algún pueblo de la antigüedad no hayan existido códigos morales comparables con el Libro de la Alianza y el Decálogo, pero lo que hizo afortunadas las fórmulas israelitas fue la tenacidad con que las cumplió Israel. La Biblia del siglo IX era doble en cuanto a la letra, pero no en cuanto al espíritu. El mismo sentimiento de dulzura, de cortesía y el mismo amor a la vida pacífica, llenan ambas historias. Los idilios exquisitos del jehovahísta con sus imágenes siempre nobles fueron como una moral en acción, en la que el horror a la violencia y la antipatía al hombre salvaje se expresan en todas las formas. La escuela que había creado los dos libros gemelos siguió trabajando sin cesar. Durante siglos se inculcará la misma doctrina de un Jehová justo, protector del derecho, exterminador del rico, defensor del débil, enemigo de las civilizaciones mundanas, amigo de la sencillez patriarcal. El libro judío nunca fue un fermento tan activo como durante la época remota en que apenas fijado,

alimentaba en las almas ardientes el fuego sagrado de la justicia, de la disciplina y del puritanismo religioso.